

SAN CANUTO, REY DE DINAMARCA Y MÁRTIR

Por EL P. Juan Croisset, S.J.

DÍA 19 DE ENERO

San Canuto IV, hijo de Suenón II, rey de Dinamarca, y nieto del otro Canuto que dominó y reinó también en Inglaterra, fué gran rey y gran santo. Nació hacia el año 1040. El rey, su padre, tuvo gran cuidado de confiar su educación á sabios maestros y á prudentes gobernadores, que utilizaron ventajosamente las nobles prendas de que Dios le había dotado y las ricas disposiciones para la virtud que había recibido de la gracia, y se dejaron ver casi desde la cuna.

Correspondió perfectamente el niño Canuto á los desvelos de su educación. En poco tiempo se halló perfeccionado en los ejercicios de espíritu y de cuerpo que correspondían á su real nacimiento. Pudiérase decir que para Canuto no hubo infancia ni puericia. Todos sus entretenimientos eran serios, y las diversiones ordinarias de aquella edad no hicieron la más mínima impresión en su corazón, que desde luego mostró haber nacido para cosas grandes. Pero, lo que es más singular, ya desde aquella tierna edad se distinguía más en la piedad y en el celo por la religión que por las demás excelentes cualidades que le adornaban.

Su valor se dejó admirar desde la primera ocasión en que se pudo conocer. Apenas tenía fuerzas para montar á caballo, se le tuvo por capaz de que mandase un ejército. Ganó tantas victorias como batallas dio, y hacía las conquistas en menos tiempo que cuanto era menester para hacer las prevenciones. Limpió el mar de los piratas que

infestaban las costas; venció á los Estonos, que cometían excesos y latrocinios, y domó á la provincia de Sembia, que después de esta conquista quedó agregada al reino de Dinamarca.

Hallábase Canuto en la mayor estimación y poderío, cuando murió su padre. Era entonces electiva la corona de Dinamarca, y nadie dudaba que debía ser preferido á Heroldo (ó Haroldo), su hermano mayor. Sus méritos autorizaban la voz del pueblo; pero los grandes temieron á su valor y á su vida irreprochable, pareciéndoles que gozarían de mayor libertad y de mayor reposo eligiendo un rey débil y perezoso. Nombraron á Heroldo, y Canuto recibió este desaire, como héroe verdaderamente cristiano, porque con dicha designación tenía mayor comodidad para entregarse por completo á Dios. Estuvo, pues, tan lejos de vengarse ni de dar oídos á las tropas que le excitaban al desagravio, que antes bien sólo se valió de ellas, de su autoridad y de sus fuerzas contra los enemigos de la patria; y el rey, su hermano, no tuvo vasallo más obediente ni más rendido. Pero el Cielo tomó de su cuenta premiar luego su virtud. Murió Heroldo á los dos años de su reinado, y Canuto ascendió al trono, con aplauso univ ersal de la nación, el año 1080.

Fué su primer cuidado, después de su coronación, limpiar el reino de los desórdenes y de los vicios que se habían introducido en él, y se aplicó á solicitar el mayor lustre de la religión, así por sus leyes como por sus ejemplos. Créese que por este tiempo le escribió el papa Gregorio VII aquellas dos bellas cartas en que le exhorta á imitar las virtudes de su padre, á llevar adelante el celo que le animaba por la religión y por la Iglesia, y á desterrar de su reino la bárbara costumbre de atribuir únicamente á los pecados de los clérigos las calamidades públicas.

Habiendo sabido que se habían rebelado la Curlandia, la Samogitia y la Livonia, naciones incultas y feroces y paganas que habitaban en la frontera del reino hacia la parte del Norte, marchó luego á domarlas; las buscó en sus mismas cavernas y las dejó reunidas para siempre á la corona de Dinamarca. Terminóse esta guerra tan ventajosamente para el Estado como gloriosamente para la Iglesia. Ninguna conquista añadía á su corona que no se la aumentase también á la religión Católica, Apostólica y Romana.

Al volver de esta gloriosa expedición casó con la princesa Adelaida, hija de Roberto el Frisón, conde de Flandes, de la qué tuvo, á Carlos el Bueno, digno heredero de sus virtudes, pues mereció ser también contado en el catálogo de los Santos.

No teniendo ya enemigos que vencer, dedicó toda su aplicación hacer felices á los vasallos. La reforma de las costumbres, la corrección de los abusos, la integridad de la justicia, el restablecimiento de la disciplina eclesiástica, enormemente relajada por la licencia de los grandes; en una palabra, el bien público fue el único objeto de todas sus prudentísimas y santas leyes. Persuadido, de que el bien; del Estado depende en gran parte de la prudencia de los gobernadores y de la integridad de los magistrados, hizo empeño en no colocar en estos empleos sino, á sujetos de conocido mérito. En su palacio estaba cerrada la puerta á toda intercesión que no fuese la del mérito y de la virtud; y porque la mayor parte de aquellos pueblos rústicos y groseros estaban poco acostumbrados a prestar á los Obispos el respeto y la veneración que se les debía, ordenó por una declaración expresa que en adelante precederían á los duques y ocuparían en el Estado el lugar que corresponde á los príncipes. Eximió al clero de la jurisdicción secular, y permitió á los jueces eclesiásticos

que castigasen con multas á los que delinquesen en materia de religión.

Reedificó muchas iglesias arruinadas y las enriqueció con su liberalidad. Fundó nuevos hospitales, agotando muchas veces su tesoro, por aliviar á los pobres. El gran número de monasterios que edificó acreditaron su estimación y su veneración al estado religioso. En todas las partes de su reino se veían monumentos de su piedad. Un día se despojó de todas las insignias de la dignidad real, y, arrojándolas á los pies de Cristo crucificado, declaró altamente ser su voluntad que la religión reinase con el mayor lustre en todo el reinode Dinamarca.

Su corona real, que era de gran precio, se la regaló á la iglesia de Roschlit, diciendo que lo más precioso del mundo: se debía emplear en el adorno de los lugares consagrados á la majestad de Dios, y no en fomentar la avaricia y la vanidad de los príncipes. Pero al mismo tiempo que su ardiente celo en dilatar y en hacer florecer la religión por todo su reino le podían merecer el renombre de Apóstol de Dinamarca, su extraordinaria piedad, sus penitencias, y su vida ejemplarísima le hacían respetar como modelo de perfección en' toda la Iglesia.

No puede admirarse ni ponderarse bastantemente 'el amor que profesaba á Jesucristo en el sacramento augusto de la Eucaristía. Pasaba horas enteras delante del altar, bañado en lágrimas. Su devoción á la Santísima Virgen era tiernísima, y quiso que todas sus festividades se celebrasen en todo su reino con la; mayor solemnidad.

Ocupaba en oración todo el tiempo que le dejaban libre los negocios del Estado. Ayunaba muchos días en la semana con el mayor rigor; usaba frecuentemente de un áspero cilicio. En una palabra la Iglesia asegura en_ las lecciones de su Oficio que nada omitía el piadosísimo

monarca en todo aquello que en poco tiempo pudiese conducirle á la más elevada santidad.

Pero lo que tenía más impreso en su celosísimo corazón era el empeño de que reinase la religión en el de todos sus vasallos. Con este santo fin quiso obligarlos á que pagasen los diezmos á la Iglesia; para conseguirlo había hecho varias tentativas, todas inútiles. Creyó que se le ofrecía una ocasión muy oportuna, y lo fué sin duda para lograr a él la corona del martirio.

Quiso, empeñarse en una guerra que le parecía justa, creyendo que no debía negar á Inglaterra el socorro de las tropas auxiliares que le pedía. Con este intento juntó un cuerpo de tropas y mandó equipar una buena escuadra; pero su hermano Olao, que afectaba en público aprobar su resolución, en secreto le vendía; haciendo á espaldas para que la gente desertase y el ejército se deshiciese. El Santo Rey, qué nunca perdía de vista la mayor gloria de Dios y el servicio de la Iglesia, creyó que ésta era bella ocasión para establecer el derecho de los diezmos. Convocó Cortes y propuso á los Estados que pagasen á la Iglesia este piadoso tributo ó contribuyesen á él con una cantidad en que los multó, en castigo de su delito y de la desertión de las tropas. Los daneses, persuadidos y enconados por los enemigos de la Iglesia y del Santo Rey, prefirieron pagar la multa, aunque crecida, á sujetarse á los diezmos, aunque muy moderados; pero este consentimiento fué principio de una declarada rebelión. Conociéndola Canuto, dispuso que la reina y los príncipes sus hijos se pasasen á Flandes, y él tomó la determinación de retirarse á Fionta; en la provincia de Seland, donde- principalmente estaban las pocas fuerzas que le habían quedado; pero uno de sus primeros oficiales, llamado Blacón, le disuadió artificiosamente de este intentó. Mantenía este traidor inteligencias secretas con los rebeldes, y entretenía al Santo Rey con engañosas esperanzas de reducir á los

sediciosos á su deber, cuando Canuto, que á la sazón se hallaba en la iglesia asistiendo al Santo Sacrificio de la Misa, se vio, de repente, sitiado en ella. Persuadióse desde luego á que no guardarían el respeto que debían á su rey los que se le perdían á su Dios en el mismo templo. Hincóse de rodillas junto al altar, y, ofreciéndose al Señor como inocente víctima, le dijo: Yo os ofrezco, Dios mío, este poco de vida que me resta. Muero, Señor por defender la causa de vuestra Iglesia; dignaos, recibir con agrado mi pobre sacrificio, y haced que algún día se arrepientan mis pueblos de su pecado, para que Vos se le perdonéis, así como yo los perdono de todo corazón la muerte que me van á dar. Diciendo estas últimas palabras, con los brazos extendidos en cruz, fué traspasado su cuerpo con las flechas que le disparaban de todas partes. Así murió San Canuto, el viernes 10 de Julio de 1086, en la ciudad de Odensea.

Al punto manifestó Dios la santidad y la gloria de su fiel siervo con gran número de milagros. En aquel mismo año fué castigada toda la Dinamarca con un hambre espantosa y con una enfermedad extraordinaria, para la cual no se descubría otro remedio que la invocación del Santo Rey. Su santo cuerpo fué depositado en la iglesia de San Albano, donde fué martirizado; y cuando la reina Eltha quiso trasladarlo á Flandes, un nuevo milagro demostró la voluntad del Santo Rey de que sus reliquias no salieran de Odensea ni de aquel templo, repitiéndose el prodigio cuantas veces intentaron acercarse á la caja que guarda sus restos. Este prodigio era que un resplandor vivísimo hería la vista de todos los circunstantes, impidiéndoles acercarse á la caja. Por esta razón no se han movido de dicho lugar las reliquias de San Canuto. Finalmente, el papa Clemente X, movido de los muchos milagros que obraba Dios cada día por la intercesión de su siervo San Canuto, ordenó que se celebrase el Oficio en honra de este santo mártir el día 19 de Enero en toda la Iglesia universal.

